

El pez arco iris en aprietos

Había una vez un pez maravilloso, radiante de energía, luminoso como el sol al amanecer, al que llamaban Arco Iris por la magia que producía a su alrededor. Contaban las criaturas más ancianas de su pequeño lago, próximo al mar, que su nacimiento había sido también mágico, ya que había recibido infinitos regalos de todos los animales del lugar. Había recibido, por ejemplo, la fuerza y energía del atún, lo que lo llevaba a las más osadas aventuras, ya que el peligro no existía para Arco Iris. Esto había ocasionado más de algún problema a sus padres, quienes a veces lo veían desaparecer por días o volver con su nariz torcida por un piquero entre las rocas que no había calculado bien.

De su madre, que era pariente cercano de los salmones, había recibido la locura por viajar, aún cuando tuviera que ir contra la corriente. Así también la sencillez y austeridad en todo lo que se necesitara. De esta forma, desde pequeño y sólo con un par de algas y kriles en sus aletas, este lindo pez había recorrido todos los rincones inimaginables del lago y había gozado con los detalles más insignificantes. En realidad, con sólo saltar por los aires, sintiendo el calor abrasador del sol y atrapando el oxígeno fresco en sus branquias, él era feliz. Quizás ahí estaba, en parte, el secreto de su magia.

De su padre había recibido también la ternura, la rectitud y la voluntad para trabajar, por lo que no fue raro, que ya en su juventud, Arco Iris tuviera una linda casita entre los nenúfares del fondo y hubiera logrado un magnífico negocio de venta de sombrillas para el sol. Sin embargo, uno de los regalos que más destacaban en él, aunque nadie sabía quién lo había regalado, era su capacidad de llevar a cabo sus sueños. Meticulosamente y con una conchita afilada, escribía en la arena, todo lo que necesitaba, calculando hasta los más mínimos detalles, para que nada quedara fuera de control, logrando finalmente hacer todo lo que se proponía.

En una ocasión, decidió hacer un puente de algas que uniera su lago con el mar, para que así sus sombrillas pudieran venderse también allá. Todos lo creyeron loco. Nunca nadie había pensado siquiera en salir de ese lugar, ya que siempre se escuchaban historias tenebrosas de ese océano inmenso y lleno de peligros. Su hazaña demoró varios meses, ya que tuvo que seleccionar las algas más resistentes y largas que lograran llegar al otro lado del lago, en donde éste se encontraba con el mar. Calculó exactamente los metros de largo y de ancho y comenzó a trenzarlas. Sin llamar mucho la atención y sólo concentrado en su sueño, Arco Iris al cabo de un tiempo, había terminado un cordel maravilloso de color púrpura y verde, que le permitió transportar sus sombrillas y venderlas a muchos animales del mar, que estaban angustiados con el calor.

Otro de los sueños de Arco Iris era formar una familia grande y unida, como la que él había tenido de pequeño. Intuía que de ahí había obtenido gran parte de su belleza y seguridad para enfrentar cualquier desafío.

Fue así que en una fiesta de primavera, donde los colores de su piel y el brillo de sus ojos se notaban desde muy lejos, logró conquistar a una linda y simpática pececita llamada Azucena, que le robó para siempre su corazón. Se casaron en una fiesta muy bonita a la que asistieron todos los de la familia y los amigos y comenzaron a vivir juntos una nueva aventura (sin embargo, ese es tema para otro cuento).

Al pasar los años Arco Iris estaba contento y tranquilo, sus sueños por los que tanto había trabajado, ya eran realidad. Su familia había crecido y miles de pequeños pececitos arco iris lo despertaban cada mañana para ir a jugar al fondo del lago, su negocio de sombrillas seguía creciendo y todo parecía andar bien, sin embargo algo en lo más profundo de sus escamas le provocaba un sabor amargo. Después de pensarlo varias veces logró descubrir la razón: por primera vez en su vida no tenía un sueño por el que trabajar, o más bien dicho, tenía tantos sueños que él sabía no podría hacerlos todos y tenía que elegir. Recordaba que de más joven, cuando su cabeza aún estaba llena de escamas doradas, (las que ahora ya escaseaban en su ancha frente) la tarea había sido más sencilla: una meta, los cálculos y a trabajar. En esta ocasión el dilema era muy complejo: quería hacer más fábricas de sombrillas en todos los rincones del océano, quería educar y tener el tiempo para compartir con todos esos hijos maravillosos que había tenido junto a su señora, quizás tener unos pocos más, quería tener el tiempo para mirar los atardeceres y las amanecidas, quería construir una nueva casa en el fondo de su querido lago, quería aprender a tocar las cañas de bambú para hacer música, quería aprender los idiomas de las ballenas para poder comunicarse con ellas, quería viajar con su familia a otros lugares, quería hacer ejercicios para mantenerse sano y radiante como siempre, quería nadar sin importarle el tiempo que transcurriera, quería, queríauff tantos sueños. Arco Iris sabía que todos ellos eran posibles, su mente sólo necesitaba la conchita y la arena para hacer los cálculos, sin embargo también sabía que no podía hacerlos todos al mismo tiempo y esto le causaba esa extraña sensación en sus escamas. Si elegía ampliar su negocio de sombrillas, tendría que dejar de estar con sus hijos porque le demandaría toda su energía; si optaba por viajar y aprender idiomas diferentes, su negocio quedaría sin cuidar; o si se decidía por tocar las cañas de bambú, no podría nadar al mismo tiempo. Estaba realmente confundido. Por primera vez no tenía el control.

Hizo líneas, números, rayas y gráficos en la arena y así pasó días rascándose su cabeza para resolver su conflicto, pero lo único que consiguió fue que más escamas doradas se cayeran de ella. Por ello, como era inteligente y optimista, decidió que tenía que abordarlo de otra manera. Dejó los cálculos y trató de buscar la forma de alimentarse de un regalo que él nunca creyó tener: la Fe en Dios.

Casi todos los animales del lago habían oído hablar de El; habían aprendido cuánto los quería y cómo los había creado, pero sólo unos pocos habían recibido el regalo de sentir su presencia cercana, guiándolos por todos los caminos. Arco Iris lo saludaba en las mañanas, en las comidas y al anochecer, pero no había podido respirar con El, hasta ahora.

De pronto, decidió hacer algo, sin pensarlo demasiado, sin hacer ninguna suma o resta... Tomó todo el aire que cupo en sus pulmones y hizo lo que siempre lo había hecho feliz: saltó fuera del agua, sintió el sol calentado suavemente su cuerpo y se detuvo a mirar su reflejo. Aunque sólo fueron segundos, fue un momento mágico en que pudo ver la imagen de su cuerpo de múltiples colores moviéndose lentamente.

Se detuvo en cada parte, comenzando por su cabeza dorada. Ahí le pareció ver pequeños puntitos brillantes de colores, que semejaban peces agitando sus aletas sin cesar. Vio su pecho de color rubí, necesitado del calor y el abrigo del sol, incapaz de estar solo como si fuera un niño pequeño. Luego observó sus branquias blancas y platinadas, abriéndose y cerrándose para cuidar el aire y darle vida. También pudo ver sus aletas naranjas, ansiosas de moverse y “volar” muy lejos sin importar las distancias o los obstáculos. Alcanzó a vislumbrar su espalda de tono azul brillante, llena de rayas y números y numerosas sombrillas dibujadas en ella. Finalmente vio su cola de color púrpura y verde, donde se entrelazaban hilos como cintas de bordar pero sin mucha claridad. Sin embargo, cuando quiso ver todo al mismo tiempo, sus ojos se desorbitaron y sólo pudo ver un manto negro que se abalanzó sobre él.

Arco Iris cayó de un golpe a las aguas del lago. Sintió un dolor intenso y esa experiencia mágica desapareció dejándolo silencioso y pensativo. Sabía que había un mensaje de Dios en todo lo que había sucedido, pero aún no era capaz de descifrarlo.

Pasaron los días y su brillo decayó; la duda sobre qué hacer y el misterio del mensaje lo tenían fuera de sí. Fue Azucena, quien a veces tenía la dicha de sentir muy cerca a Dios, quien le dio un empujoncito esclarecedor. “Recuerda la imagen Arco Iris, ¿qué viste primero, qué viste después y qué viste al último?. Ahí debe estar la clave”.

La frase quedó repitiéndose en sus oídos una y otra vez, hasta que en una noche muy iluminada por los rayos de la luna, comprendió lo que Dios le estaba tratando de decir. Mientras comía junto a su familia un rollo de cochayuyo, vio en la cabeza dorada de Azucena miles de puntitos de colores moviéndose. Eran iguales a los que él había visto en su propia imagen en el agua. Al mirar con detención reconoció que eran los reflejos de sus hijos, miles de pececitos arco iris, agitándose por captar su atención y cariño.

De pronto todo se aclaró. Al recordar nuevamente aquella imagen comprendió que todo lo que había visto eran increíbles regalos que había recibido de Dios: el amor de su familia, el trabajo, la libertad, el amor por la música y el deporte, ...pero que había que cuidarlos por orden, de cabeza a cola. Tal como los múltiples colores del arco iris, había en él fuerza, sabiduría, sencillez, ternura, alegría, voluntad, libertad, inteligencia, salud y tantos otros dones, que necesitaban encausarse ordenadamente para seguir brillando, sino se enredaban los colores y todo se volvía negro y podría caer.

Así siguiendo los planes y cálculos de Dios, decidió que ordenaría sus sueños como lo había mostrado la imagen mágica: En primer lugar se ocuparía de la cabeza, es decir de estar todo el tiempo posible junto a Azucena y a sus hijos para entregarles todo lo que ellos necesitaran, sobre todo el compartir los infinitos regalos que él

poseía con ellos. Comprendió también que él los necesitaba, ya que ese era el rubí de su pecho. Un pececito pequeño ansioso de recibir amor y cariño. Luego le daría prioridad a su libertad y a las ganas de vivir profundamente, disfrutando del aire fresco y vitalizante. Para ello nunca dejaría de jugar, de ser niño, de disfrutar con lo grande y con lo pequeño y vivir la vida a su manera. Trataría de vez en cuando de “volar” con sus aletas naranjas para todos los rincones que aún no había explorado, ya que eso lo haría sentirse feliz. Comprendió que a veces sería necesario mirar también el azul de su espalda y trabajar para hacer más sombrillas. Eso le daría estructura y firmeza a su vida, pero no era necesario acordarse todo el tiempo de eso, ya que igual el trabajo seguirá allí creciendo con muy pocos cuidados. Era importante hacer planes, pero había que dejarle espacio a Dios. Por último, si le quedara el tiempo, que desarrollara el arte y la música. Las cañas de bambú y los idiomas de las ballenas siempre estarían ahí para que cuando ya tuviera lista las otras parte de “su pez” y pudiera disfrutar bailando entre cintas de bordar.

Arco Iris por primera vez sentía a Dios dentro de él, y estaba tranquilo y contento. Le dio un fuerte abrazo con sus aletas a Azucena y saltó nuevamente a tomar aire por encima de las aguas.

.